

LA ESCRITURA EN LOS PADRES DE LA IGLESIA

Antes de comenzar la ponencia, que versará sobre la Escritura en los Padres de la Iglesia y que consta de cinco breves puntos, me gustaría hacer una serie de aclaraciones: en primer lugar, me he centrado en los aspectos más generales, sencillos y comprensibles, dejando a un lado los más específicos, complejos y difíciles; en segundo lugar, he procurado que sea lo más práctica posible, es decir, que nos pueda aportar algo a nuestra vida como creyentes, y no sólo en el ámbito de conocimientos; por último, he intentado que sean los propios Padres y Madres de la Iglesia los que hablen, para que así nos quede un buen sabor de boca, pues de eso se trata precisamente, de experimentar que el contacto con la Palabra de Dios no es sólo ni principalmente una obligación, sino una necesidad que nace del deseo de ponernos en contacto con Dios.

1. LA ESCRITURA COMO SACRAMENTO DE DIOS EN NUESTRA HISTORIA

Es un pensamiento común a los Padres y Madres de la Iglesia que el primer libro que Dios escribió para mostrarse y revelarse a los seres humanos fue el libro de la creación, un libro que escribió con sumo cuidado y cariño, para que en él pudiéramos ver y descubrir su inmenso amor. Tras él, el segundo libro que Dios compuso es el de nuestra conciencia, tejido en nuestros corazones con el mismo amor y cuidado que el libro de la creación, pero con un añadido, pues en este caso, el libro de la conciencia permite al ser humano una autonomía de todo lo creado, de sí mismo e incluso de su Creador, aunque es un intermediario obligado para la comprensión de la creación y de Dios.

Así, desde el inicio del mundo Dios compone el libro de lo infinitamente grande que nos trasciende (el libro de la creación) y el libro de lo más íntimo que nos sobrepasa (el libro de la conciencia), como bien expresa san Agustín, en sus *Confesiones*:

“No con conciencia dudosa, sino cierta, Señor, te amo yo. Heriste mi corazón con tu palabra [libro de la conciencia] y te amé. Más también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene [libro de la creación] he aquí que me dicen de todas partes que te

ame; no cesan de decírselo a todos, a fin de que sean inexcusables” (*Confesiones X,6,8*).

Ambos libros, el de la creación y el de nuestra conciencia, se encuentran en estrecha relación y al mismo tiempo en gran independencia, pues ni la creación agota nuestra conciencia, ni nuestra conciencia puede desligarse de la creación, ya que está llamada a continuar la tarea que Dios hizo con sus creaturas: seguir leyendo en el libro de la creación el libro de nuestra propia conciencia.

Sin embargo, tras la transgresión del primer pecado, los Padres de la Iglesia entienden que tanto el libro de la creación como el de la conciencia quedaron empañados y borrosos por la culpa. Por ello se hizo necesario el libro de la Escritura, para poder leer sin error y con pleno sentido el libro de la creación y el de la conciencia. Así lo expresa en el siglo VI d.C. Isaac de Nínive, uno de los grandes místicos orientales:

“El primer libro que Dios ha concedido a los seres dotados de razón es la naturaleza de las realidades creadas. De hecho, la enseñanza a través de la tinta se añadió después de la transgresión”, *El don de la humildad*, 46.

En esta misma dinámica, la Escritura llegará a entenderse, sobre todo en Orígenes, un teólogo alejandrino del siglo III, como una de las maneras privilegiadas de hacerse presente el Verbo de Dios en este mundo, como sacramento fundamental de Jesucristo en la historia, que tiene su correspondencia con la persona humana de Jesús, pero que está situado y se continúa en la propia Iglesia y los sacramentos.

Es más, a través de la Escritura la Sabiduría divina, es decir, el Hijo animado por el Espíritu, se convierte en alimento del alma. De aquí la correspondencia entre crecimiento espiritual y el proceso en la comprensión de la Escritura: según las etapas del progreso espiritual se revelan aspectos siempre nuevos de Dios.

La propia Biblia es entendida con un claro objetivo pedagógico que no podemos olvidar, de tal manera que, según Orígenes, hay textos y formas de leer la Escritura que son aptas para los que se inician en el encuentro con Cristo (como el libro de los Proverbios o la forma literal), mientras otros textos y formas de leer la Biblia están pensados para aquellas personas que están en proceso de acercamiento a Jesucristo (como el libro de la Sabiduría o la forma

moral), y por último, hay libros y maneras de leer la Escritura (como el Cantar de los Cantares y la forma espiritual) a los que sólo pueden acceder aquellas personas que hayan tenido un encuentro pleno con Cristo. Y lo mismo podemos decir de la propia comprensión de la persona de Cristo, la Palabra de Dios. Intentar avanzar en una etapa, sin haber superado la anterior, o quedarse estancando en las primeras etapas se convierten en los principales inconvenientes de nuestra relación con la Escritura.

Veamos un ejemplo de esta lectura en el comentario que tiene el propio Orígenes al primer versículo del Cantar de los Cantares, que dice:

“¡Que me bese con los besos de su boca! (Cant 1,2). Conviene recordar que este libro... está escrito a modo de drama. Decíamos que hay drama allí donde se introduce a ciertos personajes que van hablando, mientras otros aparecen bruscamente, se acercan o hacen mutis, y así todo es cuestión de cambio de personajes. Esta, pues, será la forma del libro entero, y a ella iremos adaptando la exposición histórica. En cambio, la interpretación espiritual... se ajustará a la relación de la Iglesia con Cristo, bajo la denominación de esposa y de esposo, y a la unión del alma con el Verbo de Dios. Según la forma histórica se introduce a una esposa que recibió del esposo regalos de boda, a más de la dote, pero que al demorarse el esposo, se ve atormentada por el deseo de su amor, se consume abatida en su casa y obra en todo de modo que algún día pueda ver a su esposo y disfrutar de sus besos. Y porque ve a su amor demorarse, recurre a la oración y súplica a Dios, sabiendo que es el Padre del esposo. Atormentada por una herida interna de amor, lanza su oración a Dios, y dice a su esposo: ‘¡Que me bese con los besos de su boca!’. Veamos una interpretación más al interior [forma espiritual]: que sea la Iglesia la que está ansiosa de unirse a Cristo; y advierte que la Iglesia habla diciendo: ‘Tengo todo, estoy repleta de regalos, que recibí con motivo de los esponsales y como dote antes de la boda... Hace tiempo me trajeron como regalo de bodas la ley... También me sirvieron los profetas... Pero como quiera que el mundo está ya casi acabado y él no me hace don de su presencia, estoy viendo sólo servidores que suban y bajan hasta mí, por eso lanzo mi oración a ti, Padre del esposo, y te conjuro a que tengas compasión de mi amor y me lo envíes, para que no me hable ya más por medio de sus servidores, sino que él mismo venga y me bese con los besos de su boca... Estos son los besos de Cristo a su Iglesia: las

palabras de fe, de amor y de paz... Una tercera interpretación [forma moral]: introduzcamos un alma cuya única voluntad es unirse con el Verbo de Dios y penetrar en lo interior de los misterios de su sabiduría y de su ciencia como en el tálamo del esposo celestial... Esta alma, como regalo de dote, recibió la ley natural, la razón y el libre albedrío... Ahora, como quiera que en estos no halla satisfacción plena y perfecta de su deseo de amor, trata de rogar insistentemente que la luz y la presencia del Verbo mismo de Dios iluminen su mente. Realmente, cuando la mente se llena de sentimientos y pensamientos divinos, cree que es entonces cuando recibe los besos del Verbo mismo de Dios. Por causa de lo dicho y por tales besos, diga el alma orando a Dios: ‘¡Que me bese con los besos de su boca!’ (*Comentario al Cantar de los cantares*).

2) RELACIÓN ENTRE ESCRITURA Y ORACIÓN

Otro de los puntos más tratados en los Padres y Madres de la Iglesia es la relación entre la Escritura y la oración. Ambas tienen un papel fundamental en el diálogo entre Dios y el ser humano, aunque en cada una de ellas se dan diferentes situaciones y comportamientos: mientras en la oración somos nosotros los que, bajo la guía del Espíritu, tomamos el protagonismo, teniendo un papel más activo; en la lectura de la Palabra es Dios el que debe tener el protagonismo, mientras nosotros tenemos un papel más receptivo. Como comenta san Ambrosio de Milán, siguiendo a san Cipriano¹:

“Cuando rezamos, hablamos con Dios; cuando leemos [la Escritura] Él habla con nosotros” (PL 16,54).

Así, mientras uno de los aspectos más importantes de la oración será saber lo que tenemos que decir, en el caso de la relación con la Escritura será precisamente cómo estar al tanto de lo que Dios nos quiere decir, cómo cuidar que su Palabra se exprese en toda su plenitud, sin que haya ninguna interferencia o ruidos por nuestra parte, al tiempo que estar al tanto de sus modos de expresarse, es decir, aprender sus códigos.

Esto supone por nuestra parte un ejercicio de respeto y gradualidad: más que pretender que la Palabra de Dios se adapte a noso-

¹ “Reza lo mismo que lee asiduamente; en el primer caso tu hablas con Dios, en el segundo Él habla contigo” Cipriano de Cartago, *Cartas*: PL 4,226.

tros o una comprensión plena de la Escritura desde el inicio, somos nosotros los que tenemos que adaptarnos a ella e intentar comprenderla poco a poco. La escena de Moisés con la zarza o la de Elías en el monte Horeb vienen así a transformarse en modelos de nuestro acercamiento a la Palabra de Dios, que se considera como terreno sagrado, donde hay que descalzarse para entrar, al tiempo que nos obliga a desarrollar nuestra capacidad de escucha para no quedar atrapados por el ruido de las palabras, sino ser capaces de entrar, más allá de la letra, en su espíritu.

3) TRES MOMENTOS EN NUESTRA RELACIÓN CON LA ESCRITURA

Siguiendo el proceso de la comida, los Padres y Madres de la Iglesia distinguen tres fases o momentos en nuestra relación con la Escritura: una primera que sería el equivalente a la masticación, a la que denominan lectura; otra segunda, la meditación, a la que llaman *ruminatio*, y que sería parecido al rumiar de ciertos animales; y una tercera y última, la oración, que constituiría propiamente la digestión. Así lo expresa, uno de los principales teólogos medievales, el cisterciense Guillermo de Saint-Thierry, en torno al 1148:

“De la lectura cotidiana debe ser depositado algo en el vientre de la memoria, para ser rumiado frecuentemente y así ser fácilmente digerido”, *Cartas a los hermanos de Mont-Dieu*, PL 184,327s.

O lo expresa más ampliamente Isaac de la Estrella, monje cisterciense, en torno al 1178:

“Tres son los ejercicios: la lectura, la meditación y la oración. Con la lectura y el sermón, que es una forma de lectura, Dios te habla, por eso dice: “El que tenga oídos para oír, que oiga” (cf Mt 11,15). Con la meditación, tú lo interrogas, con la oración lo imploras. Por eso Él dice: “Pedid y se os dará..., llamad y se os abrirá” (Mt 7,7). Es la oración la que pide y la meditación la que busca”, *Sermones* SC 130, p. 274.

Cada uno de estos tres momentos tiene su función específica y su lugar, que hay que respetar. La lectura de la Palabra de Dios se convierte así en el primer momento de este alimento espiritual, y del mismo modo que Ezequiel se comió el libro de la Palabra de Dios para poder después anunciarla (cf Ez 3,1-13), todo creyente necesita alimentarse, por la lectura, de cualquier cosa que encuentre en la Sagrada Escritura, si quiere después anunciarla con su vida (como dice un monje benedictino del comienzos del siglo IX,

Samaradgo, en su *Diadema de monjes*, PL 102,598). Sin embargo, igual que el maná del desierto, la lectura alimenta sólo si se lleva a cabo de manera asidua y cotidiana, porque si se deja guardada la Palabra de Dios pierde todo su sabor y se corrompe.

Los Padres y Madres de la Iglesia mantienen además una especial incidencia en que no basta con leer la Escritura, ni siquiera con rezarla, momentos necesarios e imprescindibles de todo encuentro con la Palabra de Dios, sino que hay que meditarla, pues, “para que la lectura sea fructuosa es necesario que ella vaya seguida y haga acto seguido la meditación... [es decir, que] la comida ingerida venga rumiada”, escribe Adán de Dryburg (PL 198,603).

La importancia de este segundo momento de nuestra relación con la Escritura se debe sobre todo a que mientras la lectura se centra sobre todo en el aprendizaje y, por lo tanto, al conocimiento de nuevos elementos, la meditación tiene su papel fundamental en su conservación, en mantenerlos vivos en nuestro interior, pues como bien dice san Isidoro de Sevilla (c. 636):

“Todo progreso proviene de la lectura y de la meditación. Las cosas que no sabemos las aprendemos leyendo, y las cosas que hemos aprendido las conservamos meditando” (*Sentencias* 3,8,3).

Pero es que además, “después de la lectura es necesario rezar, y quien se pone a leer no busca tanto la ciencia cuanto el sabor. La sagrada Escritura es como el pozo de Jacob, del cual se saca el agua que se vierte sobre la oración (cf Gén 29,1-10)”, dice Arnolfo de Bohéries, teólogo cisterciense del siglo XII, en su *Espejo de monjes* (PL 184,1175). Es la oración la que nos ofrece la auténtica sabiduría (palabra que procede del *sapere*, “saborear”) de la Escritura, que adquiere así el gusto y el sabor auténticos.

4) DEMONIOS EN NUESTRA RELACIÓN CON LA ESCRITURA

Los Padres y Madres de la Iglesia hablan, sin embargo, de los numerosos demonios que impiden una correcta relación con la Palabra de Dios. Me voy a centrar en cuatro: el de la *curiositas*, el de la *verbositas*, el de la *acedía* (o cansancio) y el de la búsqueda de nosotros/as mismos/as para justificar nuestras posturas.

A) CURIOSITAS

El demonio de la *curiositas* nace en nuestro interior cuando intentamos relacionarnos con la Palabra de Dios desde lo superficial: cuando la leemos quedándonos sólo en las apariencias o lo más atrayente, cuando la meditamos sin profundidad o la rezamos en función de nuestros intereses. De esta manera, en lugar de enriquecernos con la Escritura, que nos abre a la vida plena en Dios, empobrecemos a la Palabra de Dios con nuestros egoísmos. Como muy bien dice un místico cristiano del siglo VI, Isaac de Nínive:

“Quien lee de un modo superficial palabras maravillosas, hace que también su corazón se vuelva superficial y [lo] priva de aquel santo poder que concede al corazón el dulce gusto por aquellas enseñanzas que pueden provocar en el alma el sentido de la maravilla” (*El don de la humildad*, 39).

La *curiositas* tiene dos formas fundamentales de expresión: en la primera, nos invita a andar continuamente de un texto a otro, sin comprenderlos en plenitud, como mariposas o turistas que van de sitio en sitio, quedándonos con las escenas más llamativas o los textos más impactantes, olvidándonos de la vida que late en cada uno de ellos.

En su segunda forma, la *curiositas* se queda sólo en la lectura, procurando eliminar todo lo que tenga que ver con la meditación o la oración, en la interiorización por el esfuerzo o las implicaciones que este trabajo supone.

B) VERBOSITAS

El segundo demonio que puede aparecer en nuestra relación con la Escritura está muy unido al anterior, es el demonio de la *verbositas*, pero en este caso el demonio de la *verbositas* nos lleva a centrarnos en el dominio exterior o el fijarnos sólo en el puro conocimiento intelectual de la Escritura.

En el fondo se trata de crear una distancia entre la Palabra de Dios y nosotros, de manera que no nos afecte personalmente, y mucho menos que penetre en nuestras vidas. Y una de las maneras de mantener esta barrera es precisamente el quedarnos en la letra, sin llegar a su espíritu, o el reducir la Palabra de Dios a un conocimiento puramente teórico. Lo expresa muy bellamente de nuevo Isaac el Sirio, cuando dice:

“Una cosa es la cultura de los libros y el conocimiento que se adquiere con su estudio, y otra el conocimiento de la verdad misma contenida en los libros. La primera se va adquiriendo con la meditación frecuente y la fatiga del aprendizaje. La segunda, en cambio, brota de la práctica de los mandamientos y de una mente limpia dirigida hacia Dios” (*El don de la humildad*, 41).

El demonio de la *verbositas* reduce la Palabra de Dios a un mero instrumento, donde además somos nosotros los que tenemos el protagonismo. Es más, la Escritura se convierte así en una manera particular de destacar, por nuestro dominio sobre este tema. Ya no es Dios el que nos habla, sino que somos nosotros los que hablamos a Dios, sin dejar que Dios nos hable a nosotros.

C) ACEDÍA O CANSANCIO

El tercer demonio que nos tienta se centra sobre todo en los que llevamos un tiempo en esto de ser cristianos. Se trata del demonio de la *acedía* o del *cansancio* y *desaliento*. Es un demonio muy sofisticado, ya que nos plantea que todo lo que tiene que ver con la lectura atenta, la meditación profunda o la oración sincera de la Palabra de Dios es, en el fondo, una pérdida de tiempo, y que el tiempo y los esfuerzos dedicados a desentrañarla son un trabajo estéril, pues lo que hay que hacer es ponerla en práctica. Así lo expresa un místico del siglo IV, Evagrio Póntico:

“El que está en la *acedía*, cuando lee, se cansa enseguida, y cae fácilmente en el sueño, se restriega el rostro, extiende los brazos y alza los ojos del libro, fijándolos en la pared. Poniéndose ahora un poco a leer, se fatiga inútilmente, volviendo sobre el significado de las palabras; cuenta las páginas, examina la encuadernación, critica la escritura y los adornos. Al final, cerrando el libro, pone la cabeza encima y duerme un sueño no muy profundo, porque la fama atrae a su alma y las angustias lo retienen”, *Ocho espíritus malvados*, PG 79,1160).

No se trata sólo del cansancio físico o intelectual del que lleva muy tiempo intentando relacionarse con la Palabra de Dios sin conseguirlo plenamente, por la dificultad de los textos o la distancia cultural que nos separa de los mismos, sino de algo más sutil: considerar que podemos conocer a Dios de manera más directa, que no necesitamos de este intermediario que es la Escritura, ni de ningún otro, que ya somos mayorcitos para que alguien nos diga lo que tenemos que hacer.

Igual que la *curiositas*, el demonio de la *acedia* puede trabajarnos de diferentes maneras, y junto a la anterior, se muestra también por la indiferencia o la desidia, es decir, considerar que podemos vivir de las rentas propias o del trabajo de los demás, sin darnos cuenta que cada generación, cada persona, estamos llamados a encarnar en cada uno de nosotros y nosotras la Palabra de Dios, y que el esfuerzo de las personas que nos han precedido es necesario, pero debe completarse con nuestra recepción, pues como dice, Abelardo, un teólogo de finales del siglo XI y mediados del siglo XII, de qué nos sirve lo que otras personas lo hayan hecho si nosotros no asumimos nuestra parte del esfuerzo, es decir, en el caso de la Escritura, como bien dice:

“Los profetas han escrito los libros; después de estos han venido nuestros padres y han trabajado mucho sobre ellos, mientras sus sucesores los han aprendido de memoria. Después ha venido esta generación actual que los ha transcrito sobre cartas y pergaminos, pero los ha puesto sobre las mesillas, quedándose ociosa” (*Vida de los padres*, 10,114: PL 73,933).

D) EL DEMONIO DE LA BÚSQUEDA DE UNO/A MISMO/A

El último demonio que vamos a ver es el que se produce cuando buscamos en la Escritura nuestros propios intereses, en lugar de buscar a Dios o al hermano, o nos relacionamos con la Palabra de Dios con la finalidad oculta de justificar nuestras posturas. Se trata de reducir la alteridad o el papel de contraste que inevitablemente lleva consigo la Escritura, por la incomodidad que esta situación nos trae, al devolvernos nuestra auténtica imagen, especialmente debido a la facilidad que tenemos de engañar a nuestra propia conciencia. Así dice san Gregorio Magno, allá por el siglo VI d.C.:

“La sagrada Escritura es como un espejo que se pone frente a los ojos de la mente, de modo que en ella pueda reflejarse nuestro aspecto interior”, *Comentario moral a Job*, PL 75,553.

Este demonio tiene una forma muy particular de actuar que se nota en que la relación con la Palabra de Dios no nos lleva ni al encuentro con Dios ni con el hermano, que quedan más bien arrinconados, cuando no excluidos, sino más bien a una justificación, directa o indirecta, de nuestros comportamientos.

La imagen de Dios y del hermano que nos devuelve la Escritura bajo el poder de este demonio es la que previamente teníamos,

no ha habido ningún cambio, y en esta situación podemos estar mucho tiempo, prácticamente toda nuestra vida. Podemos escuchar y leer la Biblia todas las veces que queramos, porque los efectos sobre nuestras vidas son nulos, cuando no contraproducentes, sobre todo porque nos fijamos o hacemos una lectura selectiva de aquellos textos o referencias que nos sirven para legitimar nuestras vidas, opiniones o pensamientos, olvidando aquellos que las cuestionan.

5) ACTITUDES CORRECTAS A LA HORA DE SITUARNOS ANTE LA ESCRITURA

La primera actitud, básica y necesaria, a la hora de relacionarnos con la Palabra de Dios es, sin duda, el silencio, un silencio que se expresa en primer lugar en la ausencia de palabras y de pensamientos, permitiéndonos de esta manera poder escuchar lo que Dios nos dice a través de su Palabra, pero que también se expresa en la humildad de nuestra vida, abierta y disponible a su Querer, como bien expone san Gregorio Magno:

“La comprensión de la verdad se penetra a través de la asiduidad de la lectura y se encuentra a través de la humildad del corazón” (*Comentario moral a Job*, 4,1: PL 75,633).

Junto a este silencio, se necesita además un trabajo continuo, para acercarnos a la experiencia de Dios que se trasluce en su Escritura, para ser capaces de descubrir las diversas maneras de relatar esta experiencia, con la inmensa riqueza y multiplicidad de formas que encontramos en ellas (narraciones, fábulas, parábolas, oraciones, apocalipsis, proverbios...), sin pretender reducirlas, procurando acercarnos a su situación. Un trabajo donde tienen que estar presentes no sólo el esfuerzo de la lectura atenta, sino la exigencia de una meditación profunda y la capacidad enriquecedora que aporta la oración, sin que falte ninguna de las tres.

Asimismo, y en tercer lugar, debe darse una necesaria interconexión entre nuestra vida y la Palabra de Dios, para que ambas estén a la misma altura, pues, como dice san Gregorio Magno: “La Escritura crece con el lector” (*Homelías sobre Ezequiel* 1,7,8: PL 76,843), y lo mismo que no podemos ponernos hoy nuestro traje de primera comunión, por muy bonito que fuera o mucho que nos gustase, tampoco podemos mantener nuestra relación con la Escritura en un nivel infantil, creyéndonos todo lo que pone de manera inge-

nua, sino que debemos leer la Palabra de Dios como adultos, con los medios de que disponemos para ello: libros, personas conocedoras de la Escritura, cursillos de formación...

Por último, el crecimiento de nuestra vida creyente nos permitirá una nueva y más auténtica comprensión de la Palabra de Dios, de aquí la tarea de renovación continua, pues como dice san Juan Casiano:

“En la medida en que a través del estudio nuestro espíritu se renueva, también la visión de la Escritura comienza a renovarse”, *Conferencias espirituales* 2,14,11: SC 54, p. 197.

Así la Palabra de Dios se convertirá en nuestro alimento espiritual, y nosotros nos transformaremos no sólo en testigos de la Palabra, sino en la propia Palabra misma, que se se ha encarnado en nuestras vidas.